

## BAROJA EN ÁFRICA: EN TORNO A PARADOX, REY

Por JOSÉ MARÍA ALBERICH SOTOMAYOR

En la última página de las *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* -libro que a mí me gusta llamar la primera novela de Baroja realmente barojiana- el héroe y su inseparable amigo Avelino Díz de la Iglesia se dirigen en tren a Valencia. Derrotados en Madrid por el fracaso de sus experimentos y manufacturas invendibles, creen que Valencia les deparará un futuro mejor gracias a la electromagnética, pero, por lo que sabemos, se equivocaban: su futuro no estaba en las fuerzas motrices sino en una gran aventura africana. Así nace, un lustro más tarde, *Paradox, rey* (1906).

Un millonario judío londinense, un tal Abraham Wolf (buen nombre y buen apellido para un estereotipo así), anticipándose en casi medio siglo al movimiento sionista, quiere fundar en África una colonia para judíos pobres de todo el mundo, a los que repartirá tierras cultivables situadas en una zona ecuatorial llamada Cananán y aún no colonizada por ninguna potencia europea. Para ello está reclutando voluntarios que se reunirán en Tánger y embarcarán en un yate rumbo a ese incógnito destino africano. Paradox y Diz son admitidos a formar parte de la expedición, integrada además por una variopinta fauna compuesta de otros españoles, ingleses, un árabe, un francés, un alemán, un italiano y cuatro mujeres, una de las cuales ha sido corista del Moulin Rouge y otra una miss feminista, a quien Paradox despacha despectivamente con el calificativo de «gallinácea vulgar».

Lo curioso es que, una vez reunidos en Tánger todos estos personajes, el promotor desaparece, llamado por otros negocios, y la cosmopolita tripulación se lanza al viaje marítimo sin que se vuelva a hablar en lo restante de la narración de judíos ni de sionismo ni de cosa parecida. Baroja está escribiendo -por primera vez- una novela de aventuras, de aventuras ultramarinas, situadas en tierras lejanas y salvajes, y cuya inspiración, por tanto, al no provenir de su verdadera vida, tiene que salir de sus lecturas juveniles de Mayne Reid, del capitán Marriatt, de Stevenson, etc, etc.<sup>1</sup>. Como no podía menos de suceder, el yate naufraga en una costa desconocida después de una furiosa tempestad; los aventureros desembarcan y son hechos prisioneros por una multitud de mandingos, súbditos del reino de Uganga, al que sin embargo logran dominar los viajeros tras afortunadas peripecias, y donde Paradox, elegido rey, intenta imponer un régimen socialista *sui generis* basado en el reparto de tierras, abolición del dinero, supresión de la política y de la burocracia, y otras maravillas totalmente impracticables. Pero, claro, nada satisface a todo el mundo, y entre los súbditos de Paradox hay un tal Míngote que declara:

Míngote - Eso de ser agricultor, la verdad, no me seduce. Yo lo que quisiera es un empleo en alguna oficina.

Diz - Aquí no hay oficinas ni empleos.

Míngote - Entonces, ¿de qué se vive?.

Diz - Aquí todo el mundo trabaja y vive de su trabajo.

Míngote - ¡Pero a esto le llaman ustedes civilizar un país!<sup>2</sup>.

Otros abusan de otras maneras, pero el régimen se afianza a pesar de las dificultades; lo que realmente da al traste con él es la vecindad de una colonia francesa. Es quizás revelador que Baroja - tan francófilo como anglófilo- haya escogido esta nacionalidad para los invasores de Bu-Tata<sup>3</sup> y de la idílica Uganga. El caso es que el gobierno francés decreta la anexión del territorio civilizado a medias por Paradox y sus secuaces, el ejército francés invade Uganga a sangre y fuego, matando, incendiando, violando, y al poco tiempo los mandingos se emborrachan con bebidas europeas, las mandingas se prostituyen, los blancos comienzan a explotar el trabajo de los negros y -para que no falte el característico toque anticlerical baro-

jiano- el recién fundado periódico, *L'Echo* de Bu-Tata informa que el Vicario Viret ha elogiado la actuación del ejército y dado gracias a Dios porque «la civilización verdadera, la civilización de paz y concordia de Cristo, ha entrado definitivamente en el reino de Uganga». Así termina el libro.<sup>4</sup>

Acabo de decir que Baroja inició con *Paradox, rey* el género aventurero en su obra narrativa, pero apenas es necesario añadir que aquí no se trata de una novela con pretensiones de realismo; no son aventuras *serias* las que leemos, ni remotamente parecidas a las de *Las inquietudes de Shantí Andía* o *Zalacaín el aventurero*. Para empezar, *Paradox* no es un verdadero «hombre de acción», y ni siquiera cuando ocupa el trono de Uganga adquiere gran relieve ni encauza la historia con sus decisiones. Es un personaje más, sin psicología propia, tal vez un portavoz de las ideas del autor, como los otros son representativos de actitudes ante la política o la sociedad. La novela en sí no es tal novela en el sentido moderno, sino un cuentecito filosófico, una parábola o un apólogo. Su forma dialogada le sirve muy bien para expresar opiniones enfrentadas, mientras que las acotaciones, largas a menudo, permiten al propio Baroja entrometer su voz, siempre impostada por el humor más característico. Recordemos que las novelas dialogadas se habían puesto de moda en el fin de siglo, y singularmente entre los simbolistas. Las había escrito Galdós; Baroja mismo había dado esa hechura a *La casa de Aizgorri* y Valle-Inclán la utilizaría poco después en las *Comedias bárbaras*. Sobre todo, la forma dramática permite al autor zafarse de esa supuesta obligación de describir el *milieu* minuciosamente, predicada por los naturalistas, dentro de una estética ya caduca y contra la que se quiere reaccionar<sup>5</sup>.

*Paradox, rey* se presenta, pues, como un ensayo sobre el colonialismo y otros temas afines, que toma una forma narrativa o dialogada, humorística, desenfadada, si bien los conceptos que ventila son casi siempre muy serios. Contiene además, tres intermedios líricos que luego han sido muy valorados por todos los barojistas, a saber, el «Elogio sentimental del acordeón», el «Elogio de la destrucción» y el «Elogio de los viejos caballos del ti vivo». Parecen puestos ahí de una manera forzada, un tanto incongruente, pero si nos fijamos bien veremos que son altamente simbólicos: de una

nueva estética, la «retórica en tono menor», el primero y tercero, mientras que el segundo tiene como *leit-motiv* «destruir es crear», es decir, expresa el radicalismo barojiano que quiere echar por tierra las estructuras sociales y políticas que él considera obstáculos para la construcción de una sociedad nueva.

Al llegar prisioneros a Bu-Tata, Paradox y sus compañeros se encuentran con un país que refleja de forma distorsionada y grotesca las sociedades europeas. El rey es dueño absoluto de vidas y haciendas:

En Uganda todo es del rey: las casas, las tierras, los árboles, los hombres, las mujeres... todo. (...) Lo que le sobra al rey es para su madre; luego, para sus hijos y sus hermanos; después van tomando parte sus primos, sus tíos, sus criados...

A continuación vienen los nobles, que tampoco trabajan y viven de sus rentas, por ser hijos de sus padres, «aunque quizá alguno no lo sea», y luego los magos, que predicán el porvenir, si bien se equivocan a menudo, y los soldados que, en tiempo de paz, roban lo que pueden, y en tiempo de guerra, corren. El resto de la población, como los europeos cautivos, se ve obligado a trabajar «para el rey, para su respetable familia, para los magos, para los nobles y para los soldados», a cambio de lo cual recibe el alimento suficiente para no morir de hambre <sup>6</sup>. Lo curioso de esta descripción es que resulta más adecuada para las actuales naciones emergentes de África (recordemos ejemplos como el de Bokassa I o el de Idi Amín) que para las sociedades tribales y escasamente jerarquizadas con que se encontraron los europeos en el siglo XIX. Eso no lo podía pronosticar Baroja en 1906.

Una vez liberados de su cautiverio, los exploradores intentan atraerse a los nativos y hacer que se rebelen contra sus magos y sus nobles, para lo cual organizan una especie de campaña electoral en la que todos compiten, bien con discursos, bien con espectáculos de circo y prestidigitación. El francés Ganereau «como republicano y como demócrata, idiotiza a los mandingos hablándoles de los derechos del hombre», mientras que el inglés Sipsom, más práctico, se deja de elucubraciones doctrinarias y apela a los instintos básicos de sus electores:

Sipsom - ¿A vosotros os gustan las habichuelas?

Todos - ¡Sí, sí!

Sipsom - ¿Os gusta el buen tocino?

Todos - ¡Sí, sí!

Sipsom - ¿Os gusta el ron?

Todos - ¡Sí, sí, ya lo creo!

Sipsom - ¿Os gustan las chicas guapas, con la nariz bien chata y el pecho colgante?

Todos - ¡Sí, sí! ¡Eso, eso!

Sipsom - Pues bien: si venís con nosotros tendréis habichuelas a pasto; tendréis buen tocino; tendréis ron y tendréis chicas guapas, más negras que el betún.

Todos - Iremos con vosotros <sup>7</sup>.

En sus momentos de radicalismo más gracioso, Paradox quiere acabar con todo lo aceptado, quiere acabar con las escuelas y los maestros, despótica del arte y los artistas, y termina con un discurso nihilista que nuestros gamberritos de la *movida* aplaudirían con entusiasmo:

Sí. Vivamos hechos unos bárbaros. Vivamos la vida libre, sin trabas, sin escuelas, sin leyes, sin maestros, sin pedagogos, sin farfantes... Y ¡abajo las universidades, los institutos, los conservatorios, las escuelas especiales, las Academias, donde se refugian todas las pedanterías!... Acabemos con los rectores pedantes, con los decanos, con los auxiliares, con los bedeles <sup>8</sup>.

A Baroja todavía le faltaban bastantes años para ingresar en la Real Academia Española. Estos esfuerzos «civilizadores» de Silvestre Paradox terminan, como hemos indicado, con una invasión más «civilizadora» todavía por parte de los franceses, que instauran un régimen colonial perfectamente ortodoxo.

Tratemos ahora de explicarnos por qué interrumpió Baroja su habitual tarea de novelar la vida española -tarea que culmina brillantemente en los tres libros de «La lucha por la vida»- para lanzarse a una especulación humorística, desenfadada, y hasta cierto punto poética, sobre la colonización de un país africano inexistente. El propio escritor nos da una primera pista al relacionar la idea embrionaria de esta obra con su viaje a Tánger <sup>9</sup> como corresponsal de *El Globo* en enero de 1903. Le acompañaba su hermano Ricardo y se trataba de informar sobre las hostilidades que se desarrollaban entre los partidarios del sultán Muley Abdelazis y los rebeldes alentados por su hermano mayor y capitaneados por el feroz El Roghi. Los hermanos

Baroja enviaron al periódico una serie de telegramas sobre las vicisitudes de la guerra, recogidos ahora en una colección de escritos tempranos <sup>10</sup> y además Pío redactó una serie de impresiones más personales (y, por supuesto, más pintorescas que los telegramas) que aparecieron bajo el título de «De Madrid a Tánger» <sup>11</sup>. En estos breves textos hace el novelista frecuente alusión a uno de los motivos principales de enfrentamiento entre unas tribus y otras, a saber, que el sultán Abdelaziz parecía a muchos de sus supuestos súbditos, y en especial a los que hoy llamaríamos fundamentalistas, excesivamente europeizado, tanto en lo personal como en lo político: gastaba grandes sumas en automóviles, y otros ingenios mecánicos; su estado mayor estaba lleno de extranjeros, y sobre todo de ingleses; favorecía demasiado los intereses de los comerciantes europeos, etc. etc. La guerra era, pues, una manifestación más de esa xenofobia, ancestral en el Magreb, y ahora exacerbada por las presiones exteriores (el Káiser llegó a presentarse amenazadoramente en un acorazado frente a la costa atlántica) que perseguían la colonización económica del antiguo reino alauita. Era solamente la punta del iceberg. Poco después de la estancia de Baroja en Tánger se convocaría la Conferencia de Algeciras (1906), en la que los moros tuvieron poquísima voz, y vendrían los tratados para repartirse el protectorado entre Francia y España, así como las intermitentes campañas y sus corolarios, algunos tan graves como la Semana trágica de Barcelona (1909) y el mismo golpe de estado del general Primo de Rivera en 1923.

Pero el problema de Marruecos no parecía absorber a Baroja, al menos como escritor. Leyendo su extensa obra casi no nos habríamos enterado de su existencia. Ahora bien, creo que su presencia en Tánger le sirvió de catalizador para pensar en un tema más amplio que sí estaba en la conciencia de muchos europeos de la época e incluso tenía su reflejo en la literatura, a saber, el tema de la colonización de África, entonces en su momento más crítico. En los últimos lustros del siglo XIX el continente negro estaba siendo repartido entre las potencias europeas casi en su totalidad. Inglaterra ejercía un protectorado en Egipto y Sudán, acababa de anexionar Zululandia a los territorios sudafricanos, donde derrotó a los boers en 1900, y dominaba en vastas zonas del África central y oriental. Alemania había adquirido Togo, los Cameruns y la actual Namibia. Francia, instalada en Argelia y Tunisia desde antiguo, tenía también colonias

en la zona ecuatorial y presionaba sobre Marruecos; Portugal conservaba sus seculares posesiones de Angola y Mozambique, y hasta España, mucho más modestamente, infiltraba expediciones reivindicativas como la de Manuel Iradier en Guinea Ecuatorial o la del capitán Bonelli en Río de Oro con la consiguiente fundación de Villa Cisneros. Ahora bien, el ejemplo más escandaloso de colonización implacablemente comercial lo dio el rey Leopoldo de Bélgica con su adquisición del Congo <sup>12</sup>, adquisición que también se convirtió en el ejemplo perfecto de la hipocresía del colonizador europeo, ya que las razones aducidas para quitar a los negros su libertad y forzarlos a trabajar en plantaciones y factorías se disfrazaban en un intento de liberarlos de los árabes que los tiranizaban y vendían como esclavos. El horror de estas explotaciones quedó reflejado en una de las obras maestras de la literatura de la época, el *Heart of Darknes* (1902) del anglo-polaco Josep Conrad, pero también dejó su huella en uno de nuestros escritores más misteriosos e inclasificables, el granadino Ángel Ganivet, autor de esa extraña novela que se titula *La conquista del reino de Maya por el infatigable conquistador Pío Cid* (1897).

Desde su puesto consular en Bélgica, Ganivet se informaba mejor que otros españoles de lo que estaba ocurriendo en el Congo, como se refleja en su *Epistolario*. El primer dato lo encuentro en una carta del 10 de mayo de 1893, en que dice que tuvo que visitar en el hospital a un pobre nicaragüense que venía del Congo con fiebre amarilla y murió dos días después. Por esos mismo días se recibía en Bruselas y Amberes a los conquistadores de la nueva colonia, orgullosos de haber contribuido a una obra civilizadora, lo cual provoca en el diplomático español el siguiente comentario escéptico:

En el fondo, no hay tal obra ni tal civilizadora (sic), y sí solo una empresa comercial en grande, encubierta con rótulos filantrópicos, que incitan a los hombres de buena fe a coadyuvar a los que, si viesen lo que hay en el fondo, no coadyurarían. Lo que suelen hacer hoy los europeos en muchos puntos de África es destruir la obra de los árabes, los únicos que, aunque sea empleando la esclavitud, tienen condiciones par mejorar esos pueblos retrasados. ¿Qué necesidad hay de forzar la máquina, de hacer grandes transportaciones humanas a climas tan duros, de ocasionar tantas atrocidades, de sacrificar tantos infelices para hacer dichosos a los negros salvajes? Cualquiera que piense, no ya con la cabeza, sino con los calzoncillos, compren-

de que no se trata de la felicidad de la raza negra, ni del progreso, ni de nada por el estilo; se trata de un negocio en grande escala, en que el buen Leopoldo tienen metidos buenos millones <sup>13</sup>.

Aquí, en medio de la condena general de la empresa del Congo, hay dos notas curiosas: una, la defensa de los árabes, tradicionales comerciantes de carne negra, y para mí sorprendente, incluso en un maurófilo tan empedernido como Ganivet; otra, que se lamenta más el sacrificio de los blancos «para hacer dichosos a los negros salvajes» que el sufrimiento de éstos. Son todavía sentimientos ambiguos, o poco conceptualizados. Mientras tanto, Ganivet lee en la biblioteca pública de Amberes todos los libros que encuentra de viajes por África, entre los cuales le repugna el que relata las andanzas de Stanley, que le han parecido «una brutalidad» <sup>14</sup>, y poco después anuncia que tiene muy avanzada la redacción de su novela. Ésta la concibe él como su contribución al debate colonial y como una expresión de su africanismo, es decir, de su fe en el potencial de los africanos para civilizarse e incluso contribuir a mejorar a los pueblos que ahora les dominan: «De aquí que, no pudiendo intervenir, como no podemos (los españoles), materialmente, se me haya ocurrido a mí intervenir con la pluma» <sup>15</sup>.

Desconocedor de primera mano de la realidad africana, Ganivet no tiene más remedio que dar a su narrativa una construcción fantaseada y, como en el caso de Baroja, humorística y seria al mismo tiempo: «El tono -escribe- debe ser serio, con tendencia a la guasa, y guasón, con tendencia a la seriedad» <sup>16</sup>. Imagina a un *alter ego*, Pío Cid, muy dotado para la acción, y que, acogido por una tribu centroafricana, se convierte en su legislador y guía, y va transformando paulatinamente sus costumbres de una manera que no se le podía ocurrir más que al extraño cerebro de Ganivet y que, que yo sepa, nadie ha sabido todavía analizar ni explicar satisfactoriamente. La aventura termina cuando el protagonista enferma y sólo se salva porque la casualidad le depara el encuentro con un blanco que le proporciona quinina a cambio de una gran cantidad de marfil. En sus conversaciones con este europeo misterioso, que no sabemos a ciencia cierta si es misionero o comerciante, Pío Cid sostiene que hay que evangelizar a los indígenas dejándose matar si es preciso; el matar a un solo nativo invalidaría el sentido civilizador de la actuación colonial. Este hombre termina convirtiéndose en la cena de



unos antropófagos, y la novela concluye con un sueño de Pío Cid en que una sombra emite el juicio definitivo sobre su empresa: «Los mayas -le dice- eran felices como bestias y tú les has hecho desgraciados como hombres»<sup>17</sup>.

Aunque Baroja asegura no haber leído más de «quince o veinte» páginas de *La conquista del reino de maya* porque desde el principio la encontró aburridísima<sup>18</sup>, es muy posible que al menos este libro le sugiriese la idea de componer una historia, también medio en serio medio en broma, sobre la colonización de África por los europeos. Hay, no obstante, dos escritores ingleses con los cuales el novelista vasco se habría encontrado mucho más en sintonía al abordar el tema colonial, a saber, George Bernard Shaw y Robert B. Cunninghame Graham. Los críticos españoles del colonialismo extranjero, después de todo, soñaban con un colonialismo cultural y lingüístico, como proponía Costa a los miembros de la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas<sup>19</sup>, creada por el polígrafo aragonés en 1883, y el mismo Ganivet en su otra novela (*Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, 1898) hace a su héroe soñar desde la cumbre del Veleta con una invasión hispanoárabe que «conseguía por fin libertar a África del yugo corruptor de Europa»<sup>20</sup>. Hasta el republicano Nicolás Estévanez creía que «ese afán de conquistar Marruecos» era una tendencia inevitable entre los españoles, que habrían hecho de él parte de la nación de no haber intervenido la política europeísta de los Austria»<sup>21</sup>.

Los dos ingleses a que me he referido (así como otros de la clase de W. S. Blunt o H. G. Wells) eran abiertamente antiimperialistas y no sólo con respecto a África. Si el anti-colonialismo de los españoles suena inevitablemente a uvas verdes, el de los ingleses, por el contrario, es la voz de unos aguafiestas que protestan cuando el Imperio Británico se halla en su cénit. Bástenos considerar un poco el siguiente pasaje de *The Man of Destiny*, donde Bernard Shaw, por boca de un imaginario Napoleón, describe de manera demoledora la mecánica imperialista de su país: «el inglés -escribe cuando quiere una cosa, no se dice a sí mismo que la quiere; por el contrario, aguarda pacientemente hasta que le entra en el meollo, sin saber cómo, la ardiente convicción de que es su deber moral y religioso conquistar el país donde se encuentra esa cosa que él

quiere... Entonces se vuelve irresistible. Convertido en el campeón de la independencia nacional y de la libertad, invade y se anexiona la mitad del mundo y lo llama colonización. Cuando ambiciona un nuevo mercado para las chapuceras manufacturas de Manchester, envía a un misionero para que le enseñe a los nativos el Evangelio de la paz. Los nativos matan al misionero; el inglés entonces correa a las armas en defensa del Cristianismo, lucha y vence; y considera que el nuevo mercado es una recompensa de los cielos... No hay nada tan malo ni tan bueno que un inglés no sea capaz de hacer y, sin embargo, nunca yerra. Todo lo hace por principios: lucha por patriotismo, roba por espíritu comercial, esclaviza a otros por servir al Imperio; defiende a su rey por lealtad y hasta le corta la cabeza por fidelidad a sus principios republicanos»<sup>22</sup>.

Baroja leyó «con entusiasmo» a Bernard Shaw, del que destaca «su amor a la justicia», aunque no sabemos en qué época lo haría; tal vez no antes de haber escrito *Paradox, rey*<sup>23</sup>. Al que sí conoció por las fechas en que debió escribirse esta novela fue Cunnighanme Graham, con quien estableció contacto en 1905, en Londres, con quien cruzó libros y cartas y volvió a ver en Roma unos años después. En esta ocasión, notó que Graham no saludaba a Rudyard Kipling al encontrárselo a la salida de un hotel<sup>24</sup>, lo cual tiene su explicación porque Kipling, el bardo de las glorias del Imperio Británico, representaba el polo opuesto a la actitud anti-imperialista del escocés. Es igualmente muy probable que Baroja supiera de la existencia de Graham y de sus aficiones antes de conocerle en Londres, pues éste viajaba a menudo por España y pasaba largas temporadas invernales en Tánger<sup>25</sup>. Su mujer, Gabriela, biógrafa de Santa Teresa, solía ver a los Martínez Sierra a su paso por Madrid camino de los sitios donde la santa había hecho fundaciones<sup>26</sup>. Realmente es casi un milagro que Graham no se tropezase con los hermanos Baroja cuando éstos visitaron Tánger en 1903 como reporteros de *El Globo*. Pío Baroja solía ver por la calle a Walter Harris<sup>27</sup>, corresponsal del *Times* y muy familiarizado con Graham y su círculo, en el que figuraban ejemplares tan variopintos como el cosmopolita Pepe Ratto, nacido en Mogador y negociante en todo lo negociable, el pintor inglés Crawhall, el gibraltareño Mataburro, el español Bernardino de Velasco, futuro

Duque de Frías y su mujer inglesa..., toda una fauna de exiliados más o menos voluntarios que recuerda el pasaje multinacional y estrambótico de la nave en que se embarca Paradox. También es verdad que Tánger estaba entonces repleto de extranjeros, muchos en puestos consulares o con pretensiones diplomáticas, como observa el mismo Baroja en sus comunicaciones a *El Globo* o como describe Cunnighame Graham en uno de sus *sketches*:

«Por aquel entonces Tánger era uno de los sitios más fascinantes del mundo, una Constantinopla en miniatura, con enviados de todas las cortes de Europa, un cónsul general de los Estados Unidos y ministros o cónsules (que se comportaban como ministros) de muchas de las repúblicas sudamericanas. En medio centenar de casas ondeaban banderas de diversas naciones. Había aventureros que se proclamaban presidentes de Patagonia, reyes de Araucaria o jefes de otros estados hipotéticos, ostentando las hipotéticas enseñas de sus fantásticos países<sup>28</sup>.»

Frase esta última que nos trae a la memoria el intento de estafa con que un tal Sarrión Herrera quiso atraer a varios conocidos de Baroja a un república de Cunani que «carecía de existencia objetiva»<sup>29</sup>.

Es poco probable que don Pío conociese ningún escrito del autor escocés, pues leía en inglés con dificultad y Graham no estaba traducido al francés como otros ingleses más famosos, pero sin duda sabía de su existencia y tal vez de sus peripecias por intermedio de amigos comunes como Bonafoux<sup>30</sup>, y, lo que es más importante, ambos respiraron en Tánger y en otros sitios ese ambiente de agiotismo y aventurerismo febril con que los europeos de 1900 miraban al continente africano. El capítulo de *Paradox rey* que cuenta la estancia de los expedicionarios en Tánger, con su excursión al cabo Espartel y su morito montado en un burro y lanzando gritos de «¡Balak!» por las estrechas callejas del zoco, podría ser un página de Cunnighame Graham escrita un par de años después<sup>31</sup>.

Muchos de los proyectos de regeneración del África profunda tenían una cosa en común: la manía hidráulica. Todo el mundo quería irrigar el Sahara, desde Joaquín Costa, que tenía un plan para utilizar sus aguas subterráneas, parecido a otro proyecto del ingeniero Lesseps<sup>32</sup>, hasta la Cabo Juby Company,

creada por un tal Mackenzie con el objeto de inundar el desierto con agua del mar y comerciar directamente con Londres desde Timbuctú. No se si siguiendo esta moda, Paradox y sus cooperadores creen mejorar la vida de los mandingos creando un lago mediante la inundación del antiguo cauce de un río seco. Su anterior ocupación de una isleta fluvial donde se atrincheraron para protegerse de los nativos hostiles, también recuerda el islote que adquirió y fortificó Mackenzie en Cabo Juby para instalar su factoría. Claro que cualquier otro islote de cualquier novela de aventuras pudo sugerirle la idea, pero no es improbable que las empresas de Mackenzie fuesen comentadas en la prensa de la época, o que le hablase de ellas alguien que hubiese leído *Mogreb-el-Acksa* (1898), el mejor libro de viajes del siglo, según Bernard Shaw, relato de un periplo realizado por Graham al remoto Sus del sur de Marruecos, en un época en que poquísimos europeos se aventuraban por esas lejanas tierras <sup>33</sup>. El escritor escocés, que a los ojos de Baroja podía resultar un perfecto «hombre de acción», se disfrazó de árabe e incluso intentó hacerse pasar por un «sheik» o descendiente de Mahoma, a pesar de su escaso dominio de la lengua, con la ayuda de un intérprete sirio y de un musculoso rifeño. Acabó detenido por el Caid de Kintafí, provocando un incidente consular. Por los mismo días que don Pío terminaba de escribir *Paradox, rey*, fechada en enero de 1906, Robert Cunnighame Graham viajaba al sur de España para cubrir la conferencia de Algeciras y enviaba al *Glasgow Herald* sus impresiones de aquella farsa diplomática en que los marroquíes apenas tuvieron más remedio que aceptar todo lo que se les propuso. Su primera crónica se titulaba «Histrionismo europeo», y en ella se pueden leer frases como ésta: «Nadie supondrá que los moros quieren una policía extranjera, ni con oficiales, ni alemanes, ni españoles, ni con una combinación de galos e hispanos, ni siquiera con un jefe superior suizo... Cuando uno piensa en China y en cómo se comportaron allí las potencias, o en la matanza de los moros de Joló por los norteamericanos hace quince días... se ve claramente lo vacías que resultan las promesas de los europeos para las naciones que no saben fundir cañones ni fabricar fusiles» <sup>34</sup>.

En este ambiente intelectual tan adverso a la injerencia europea en países como Marruecos u otras zonas africanas, no es, pues, extraño que Baroja concibiese esta irónica parábola sobre la coloni-

zación de África, que termina, como hemos recordado, con la invasión por tropas francesas del reino de Uganda, donde, tres años después, vemos a los negros diezmados por el alcoholismo, la sífilis y la tuberculosis, y a la princesa Mahu bailando desnuda en un cabaret la danza del vientre, a estilo del Moulin Rouge de París.

«Algún amigo me aseguró que tendría gran aceptación entre el elemento radical -escribió Baroja de su novela- pero lo cierto fue que no hizo efecto»<sup>35</sup>. La colonización de África por otros europeos no era para la mayoría de los españoles un tema candente, y, respecto a Marruecos, las izquierdas protestaban mayormente del reclutamiento militar en España, y de que el soldado acabase expuesto a las espingardas de los moros, no del menoscabo que éstos pudiesen sufrir en sus libertades o sus vidas<sup>36</sup>. Pocos años después de la publicación de *Paradox, rey*, en un artículo titulado «Examen de criterios», el propio Baroja examinaba la impopularidad de las guerras de Marruecos y concluía que se debía conquistarlo solamente si era un empresa económicamente rentable<sup>37</sup>.

## NOTAS

1. Véase en J. Alberich, *Los ingleses y otros temas de Pío Baroja* (Madrid, 1966) el cap. IV, «Baroja y la novela de aventuras inglesa», pp. 101-120.
2. En *Obras Completas*, 8 vols., Biblioteca Nueva, Madrid 1947, II, p. 218. En adelante citaré las obras de Pío Baroja por esta edición siempre que sea posible, con las sigas *O.C.*
3. Bu-Tata no es un nombre inventado, aunque lo parezca. Así se llamaba un antiguo reino situado en el territorio del moderno Ifni. Uganga es una sencilla alteración del país de Uganda. Ver Fr. Manuel P. Castellanos, *Historia de Marruecos*, 2 vols., Madrid 1946, I, p. 245.
4. *O. C.*, II, p. 226.
5. ¿Qué menos realista que una novela donde hablan el mar, la luna, las serpientes y otros animales?. Ver en especial *O. C.*, II, pp. 205-206. Hubo varias redacciones de la novela, según B. Ciplijauskaite, *Baroja, un estilo* (Madrid 1972), pp. 143-148.
6. *O. C.*, II, pp. 187-188.
7. *O. C.*, II, pp. 192-193.
8. *O. C.*, II, pp. 214-215.
9. «La idea se me ocurrió en Tánger unos años antes de escribir el libro» (P. Baroja, *Mis mejores páginas*, Barcelona 1961, p. 135)
10. Pío Baroja, *Escritos de juventud*, ed. Manuel Longares (Madrid 1972) pp. 319-363.
11. En *O. C.*, VII, pp. 813-825.
12. Ver Julio Cola Alberich, *El Congo (1885-1963)*, Madrid 1964.
13. Ángel Ganivet, *Obras Completas*, 2 vols., Aguilar (Madrid 1951), II, pp. 834-835.
14. *Ibid.*, p. 869.
15. *Ibid.*, p. 928.
16. *Ibid.*, p. 920.
17. A. Ganivet, *Ob. cit.*, I, p. 658.
18. P. Baroja, *O. C.*, VII, p. 837.
19. Ver V. Palacio Atard, *La España del siglo XIX* (Madrid 1978), pp. 549-550.
20. A. Ganivet, *Ob. cit.*, II, pp. 386-387.
21. Nicolás Estévez, *Mis memorias* (Madrid 1975), p. 48.
22. G. Bernard Shaw, *Plays Pleasant*, Penguin Books, s. a., pp. 205-206.
23. P. Baroja, *O. C.*, p. 705. Según Lourdes Lecuona (*Presencia de lo inglés en Pío Baroja*, San Sebastián 1993, p. 208) en Itzea hay una edición traducida al francés de *Plays Pleasant and Unpleasant*, en la cual se encontraría la obra que acabamos de citar, pero es de 1913.

24. P. Baroja, *O. C.*, VII, pp. 795. Lourdes Lecuona (*Ob. cit.*, pp. 122-123) supone que el artículo de Baroja titulado «La lógica latina» refleja una conversación con Cunnighame Graham, pero yo no me imagino al escritor escocés, tan radical, defendiendo el tradicionalismo inglés.
25. Véase cualquiera de las dos biografías existentes, a saber: A. F. Tschiffely, *Don Roberto* (Londres 1937) o la mejor documentada de Cedric Watts y Laurence Davies, *Cunnighame Graham. A. Critical Biography*, Cambridge U. P., 1979.
26. Gabriela Cunnighame Graham, *Santa Teresa, Her Life and Times*, Londres 1907 (1894).
27. P. Baroja, *O. C.*, VII, p. 748.
28. R. B. Cunnighame Graham, *De la Pampa al Magreb*, ed. J. Alberich. (Sevilla 1990), p. 197.
29. Ver P. Baroja, *O. C.*, VII, p. 951 y «La república del Cunani y sus hombres», en *O. C.*, V, pp. 989-991. El Canani adonde iba destinada en principio la expedición de Paradox es sin duda una variante de este topónimo.
30. Baroja conocía a Bonafoux de antiguo y le apreciaba por su independencia como periodista (ver *O. C.*, VII, pp. 402, 409, 670 y 705). Cunnighame Graham también le contaba entre sus muchos amigos hispanoamericanos.
31. Véase el cuento «Mektub», publicado en 1908, en *De la Pampa al Magreb*, pp. 109-116.
32. V. Palacio Atard, *Ob. cit.*, pp. 549-550.
33. Graham habla de Mackenzie y sus empresas en *Mogreb-el-Acksa*, pp. 157-160.
34. Véase mi artículo «Cunnighame Graham en la conferencia de Algeciras», en *Almoraima*, nº 10, nov. 1993, pp. 76-82.
35. P. Baroja, *Mis mejores páginas*, p. 135.
36. Aunque sí había algunas voces que se alzaban en defensa de los marroquíes, tales como el periódico *El Día* en octubre de 1890 (Fr. Manuel Castellano, *Ob. cit.*, II, p. 90), la de Ciges Aparicio en *El Pueblo* en 1910 (Ver Cecilio Alonso, *Intelectuales en crisis*, Alicante 1985, p. 194) o la de Gallastegui en *Aberri* (ver J. Juaristi, *El bucle melancólico*, Madrid 1997, p. 238), pero ésta, sospecha uno, no de manera desinteresada.
37. Ver Cecilio Alonso, «Pío Baroja en *El Imparcial* y en *Nuevo Mundo*, Diez artículos ignorados (1906-1913)»; en *Monte Arábí* 1998, nº 27, pp. 31-91.